



MAR VAQUERIZO
**TU SONRISA
LEJOS DE MÍ**

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, noviembre 2019

© 2019 Mar Vaquerizo
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Merche Diolch

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Nota de la autora.](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

*Para mis increíbles sobrinos.
Jaime, María, Pilar y Julia
Os quiero infinito.*

El valiente tiene miedo del contrario,
el cobarde de su propio temor.

Francisco de Quevedo

Un día dejarás este mundo atrás,
así que, vive una vida que recordarás.

Avicii - *The Nights*

Nota de la autora.

Esta novela, al igual que el resto de mis trabajos, tiene una lista de canciones que aparecen a lo largo de la historia.

Si queréis saber cómo suenan esas escenas, solo tenéis que seguir esta guía mientras leéis o buscarla en Spotify, donde la he creado para vosotr@s.

Espero que os guste.

¡Feliz lectura!

PRÓLOGO

—Ha vuelto.

—¿Qué? —preguntó Emma.

—Hugo ha vuelto al barrio. Está aquí —declaró Sira con prisa.

Tomó asiento frente a ella en la cafetería donde solían quedar cerca de casa.

Le costó procesarlo.

En ese momento, Emma se dio cuenta de que no lo había superado, a pesar de que habían pasado unos años desde que se fue.

El azucarillo que intentaba echar en el café con leche, se derramó sobre la mesa.

—¿Estás bien? —preguntó la amiga preocupada.

—No lo sé —contestó mirándola, debatiéndose entre la emoción y el miedo. Era difícil controlar los sentimientos.

—Vale, respira, ¿de acuerdo? —Emma lo hizo—. Ahora espabila y actúa con normalidad porque ahí viene Diego y también lo sabe —le dijo mirando por encima de su cabeza al gran ventanal tras ella—. Respira —le recordó de nuevo.

Le hizo caso. Respiró tres veces y puso su mejor sonrisa.

Su actual pareja acababa de entrar al bar y caminaba hacia ellas.

CAPÍTULO 1

Madrid. Abril de 2019.

Pensamos que querer a alguien es suficiente, pero a veces no es así. A veces todo se rompe a pesar del amor.

Las despedidas son duras, pero sobre todo si no se ha dejado de amar.

Hugo lo tuvo que hacer.

Era necesario. Pura supervivencia, aunque muy injusto.

Con dieciocho años creemos que las relaciones son definitivas que, si algo sale mal con tu novio o novia del instituto, todo se arreglará, pero los adultos saben que no es así. Lo más probable es que esa persona no sea tu pareja de vida y, en la mayoría de ocasiones, la ruptura se supera en cuanto el ambiente universitario o laboral te absorbe.

Pero a veces...

Algunas veces no se supera.

Emma fue consciente de que no iba a ser un camino fácil después de escuchar a sus amigas, a su madre, e incluso a algún profesor que vio la devastación en ella cuando él se marchó. Quizá nunca lo supere...

Es difícil cuando no sabes qué pasó, sin despedidas... simplemente ya no está.

La cabeza da vueltas y vueltas, y más vueltas pensando en cómo cambió todo de la noche a la mañana siendo felices como eran, estando a gusto juntos, compenetrándose tanto que asustaba.

Eran la pareja perfecta, aunque solo para ellos.

Él parecía el típico chico malo por su aspecto duro, ese que ninguna madre quiere que ronde a sus hijas. Tenía pasión por los coches y las motos, la velocidad... ¿A qué padre iba a gustar?

Vivía en la zona menos agraciada del barrio, aunque solo

a unas cuantas calles de Emma.

Sus padres se separaron cuando tenía doce años, su relación de pareja no era buena y él vivía solo con su madre, aunque se llevaba bien con su padre y podía verlo cuando quisiera.

Entraba dentro del prototipo de chico rebelde con familia desestructurada, pero algo fallaba, había un motivo por lo que no encajaba en esa casilla de la que muchos no querían dejarle salir: su intelecto.

Hugo era muy inteligente, una esponja que no necesitaba estudiar horas y horas. Uno de los mejores alumnos del instituto, incluso becado en varias ocasiones para estudiar un trimestre al año en Estados Unidos.

Emma recordaba a menudo el día que entró en clase por primera vez.

Sira y ella estaban sentadas en la parte de atrás.

No les apetecía llamar la atención. Empezaban segundo de Bachillerato, trasladadas del colegio religioso donde habían estudiado desde la guardería y era raro.

No querían seguir allí.

Ambas necesitaban salir a un instituto público donde nadie las conociera, ni su expediente, ni logros académicos antes de pasar a la Universidad.

Si hubieran dado ese paso por separado, quizá se lo habrían pensado dos veces, pero juntas... juntas irían a cualquier parte.

—Quiero irme a casa ya —dijo Sira muy nerviosa. Todos las miraban como si fuesen bichos raros.

Eran las nuevas y encima venían de un colegio de monjas. Tardarían unos días en pasar desapercibidas. O quizá no lo lograrán en todo el curso. Era deprimente.

—Tranquila. Ignórale —señaló Emma mucho más positiva, revisando sus mensajes del móvil antes de que empezara la presentación.

—Recuérdame por qué coño estamos aquí y no cantando *Alabaré* en la misa de bienvenida.

—Porque queremos vivir la vida de estudiante fuera de aquellos muros, de la presión que se respira en cada milí-

metro de su espacio, ver la luz del sol, la vida de otro color —enumeró divertida las mil razones de las que hablaban cuando planeaban el curso anterior en el patio del colegio el cambio, con su uniforme reglamentario de faldita de tablas y jersey azul marino.

Prometieron que aprobarían todo con buenas notas, como siempre, para superar las pruebas de acceso a la Universidad, pero también para ganarse un poco de libertad parental y disfrutar.

—No sé por qué te hago caso. ¿Y si nos suspenden? ¿Y si esto es el infierno?

Emma rio al ver a su amiga fuera de sus casillas.

Era muy tremendista cuando la ansiedad se apoderaba de ella. En cuanto comenzaran con la rutina, y se diera cuenta de que el instituto era lo mismo que su colegio, pero sin una etiqueta desde que tenían uso de razón, se le pasaría.

Miró en dirección a la puerta y... allí estaba él.

Camiseta negra de manga corta, vaqueros, deportivas blancas y una sonrisa de anuncio que las dejó KO.

Saludaba a sus compañeros después de todo el verano sin verse, pero se notaba que no tenía una relación profunda con la mayoría.

Escuchó algún comentario en un susurro.

Era repetidor.

Hugo la vio al final de la clase y sus miradas se cruzaron.

—Madre mía —susurró Sira lo más discreta que la impresión le dejó—. Empieza a merecer la pena este sufrimiento del cambio.

Emma no contestó, ni siquiera se rio del comentario de su amiga como hubiese sucedido en otras ocasiones.

Se colocó nerviosa en el asiento, intentando disimular lo que sentía por la mirada intensa que le dedicaba y mantenía su corazón a mil por hora.

Hugo observó a las chicas nuevas.

No se hablaba de otra cosa en todo el centro. Ellas nunca se mezclaban con la gente del instituto público y menos en el último curso. No había antecedentes previos.

Desconocía las razones por las que habían apostado por aquel cambio, pero era igual. Le parecía valiente.

Se dirigió hasta el final del aula y sin dudarlo, tomó asiento en la mesa libre junto a ellas.

—Hola. Soy Hugo —se presentó con seguridad.

—Hola. Emma —contestó nerviosa, evitando cruzar la mirada otra vez.

Él miró a la otra chica esperando saber su nombre.

—Sira —acertó a decir.

No dio tiempo a más. Un profesor entró interrumpiendo todas las conversaciones.

Hablaba sobre temario, horarios, el listado de libros de texto y normas, como si lo hubiese hecho cientos de veces antes y le cansara el tema.

Emma apuntaba todo nerviosa. No quería perder información.

Hugo solo escuchaba apoyado en el respaldo de la silla con los brazos cruzados delante del pecho.

En realidad, no perdía ni un detalle de ella.

Se había colocado el pelo castaño claro sobre un hombro, con los rizos ligeros descolocándose al azar, la mano volando sobre el papel con un anillo de plata o acero grande, calado en el dedo corazón, y sin rastro de esmalte de uñas.

Era extraño, todas las chicas que conocía lo usaban.

Le gustó su naturalidad.

Apenas llevaba maquillaje. Un toque de rímel y marcada la línea del agua inferior con lápiz negro muy sutil.

La ropa interior se transparentaba ligeramente a través de la tela blanca de la blusa sin mangas que vestía. Era rosa muy claro.

Cogió aire un segundo y juró que no se fijaría más en ese detalle.

Levantó la vista al cuello. Tenía un lunar en forma de corazón tras la oreja que, con el pelo suelto, no se vería, pero aun teniendo la oportunidad de descubrirlo, dudaba que alguien se fijara.

La gente ya no se detenía en nada que no fuesen ellos

mismos, mucho menos en los rasgos especiales. A él le gustaba hacerlo.

Y su olor... Era como la primavera con toques de limón.

—Mierda —la escuchó murmurar interrumpiendo el análisis.

Se asomó al papel.

El bolígrafo que estaba usando se había quedado sin tinta.

Quitó el suyo de la goma de la carpeta, extendió la mano y lo colocó ante el papel.

Emma se giró para mirarle.

—¿Y tú? —preguntó. Sobre su pupitre no había nada.

Hugo se incorporó para colocarse a su altura. Se acercó a su oído.

—No lo necesito.

En la vida suceden cosas, vivimos instantes que lo cambian todo, y aquel fue uno de ellos.

Estaba pegado a ella, susurrándole al oído, envolviéndola con su olor, con todo él.

Lo miró a los ojos un segundo. Muy cerca.

Eran marrones, brillantes y parecían peligrosos, pero algo le decía que no era real, que había mucho más tras lo que quería proyectar.

—Gracias —contestó intentando centrarse en lo que sucedía en el aula y no en él.

—De nada —susurró con voz profunda—. Escribe, porque si olvido algo, me lo tienes que recordar después —mintió. Lo había memorizado todo, pero ella no le conocía y necesitaba una buena excusa para tener una conversación más adelante.

Hoy, en su habitación, Emma sostenía aquel papel de principio de curso en dos mil doce que ya no necesitaba, pero que no era capaz de tirar.

—¿Estás preparada? La furgoneta está aquí —anunció su madre desde la puerta. Sandra permanecía desde hacía rato observando a su hija. Llevaba unos días algo rara, pero aún no había averiguado por qué—. ¿Estás bien? —preguntó preocupada. No la veía así desde hacía muchos

años. Desde Hugo.

Aquella pregunta la sacó de sus pensamientos.

Dejó el papel dentro de una caja de recuerdos junto al bolígrafo Bic sin tinta que él le prestó aquel día. Se giró para mirar a su madre y sonrió.

—Sí, sí, solo estaba pensando un tema del trabajo. Estoy bien.

Cogió el bolso, la bolsa con el portátil, un paraguas y la gabardina.

Salió del cuarto y besó a su madre en la mejilla con mucho amor.

—¿Vendrás a cenar o te vas con Diego un rato?

Muchas noches se quedaba con su pareja a tomar algo por ahí tras el trabajo.

—No lo sé —contestó pensando en que no era a Diego a quien quería ver desde que se enteró de su regreso—. Te llamo más tarde y te digo, ¿vale?

Un claxon pitó de nuevo.

—De acuerdo. Márchate ya. No hagas esperar más a Rodri y Julián.

Emma bajó en el ascensor hasta la calle y corrió a la furgoneta que le esperaba aparcada en doble fila.

Se subió al asiento del copiloto.

—Buenos días, chicos. Disculpad el retraso —se excusó.

—Buenos días, princesa —contestó Rodrigo, el conductor y asistente mientras le tendía un papel—. Vete preparando porque esto es gordo.

Leyó lo que le daba.

Eran reporteros de las noticias de Canal 3, cubrían los noticiarios del mediodía y la tarde en la calle desde que terminó las prácticas con la cadena. Comenzó con ellas en la universidad y, tras presentar el Trabajo de Fin de Grado, la contrataron.

Ese día debían ir con urgencia al aviso de un hombre que se había encerrado en una sucursal bancaria. Allí. En su propio barrio.

El teletipo decía que lo había hecho desesperado por su situación y no pensaba irse hasta que llegaran a un acuerdo